

EL FUSIL

Siglo II.—Año XI.—Disparo 519.

SEMENARIO RADICAL

ÓRGANO OFICIAL DEL SENTIDO COMUN

OFICINAS:
Calle de los Caños, adm. 2, 1.º derecha.

PRECIOS:

Plantillas (un año)..... Tres pías.
Extranjera (dos años)..... Dos ».
Número suelta corriente..... 10 céntimos.
» » extraordinario..... 15 ».
» » suelta..... 25 ».
Pago los paquetones: á 3 céntimos.
Extracuriosos: á 6 céntimos.
(cúese 5 ejemplares en adelanto.)

PAGO ADELANTADO
en libranza del Giro ó de la Prensa, sobre cualquier
á letra de fácil cobro.
DE 48 ADMITIR SELLOS

Yema la correspondencia al administrador,
D. José Arrufat.

Madrid 15 de Agosto de 1908.

YO TIRO SIN COMPASIÓN.—YO NO ADMITO SUBVENCIÓN.—NI ME CASO NI ME VENDO.—DE RETÓRICAS NO ENTIENDO.—Y AL LADRÓN LLAMO LADRÓN

RATONERA (1)

SIGUE EL DESFILE

D, JUAN GONZÁLEZ GARCÍA,
rata en *Sama de Langreo*,
es seguro que decía
cuando EL FUSIL recibía:
—¡A tragar, pues, según veo,
ha llegado la hora mía!
Si el Sr. Pérez logró
tragar ciento dos pesetas
y nada malo sufrió,
¿qué no podré tragar yo
haciendo valer las tretas
que Pérez nunca empleó?
Más ya ves, querido rata
de Sama, cómo tu ahinco
ha tenido mala pata,
aunque no son patarata
veintitrés cuarenta y cinco.

Servicio de imaginaria para el próximo
número: el socio J. M. R., de una impor-
tante población murciana.

OJO CON LAS PEDRADAS

Leo en los periódicos una noticia curio-
sa y completamente fusilera.

Unos músicos habían ido á tocar en cierta
romería. Después de tocar regresaban
al pueblo en una diligencia cuando en el
camino sintieron terribles zambombazos.

Sobre la diligencia llovían pedruscos y
guijarros que era una bendición.

Los músicos se quedaron asombrados.
—¡Vaya una granizada borrica!—decía
el bombo.

—¡María Santísima!, exclamaba el cor-
netín lleno de espanto llevándose las ma-
nos á la cabeza para cubrirsela de un gui-
jarrazo alevoso.

—Y lo peor es—añadía el flauta sacan-
do las narices por una ventanilla—que no
solamente nos apedrean, sino que según
las trazas, esos bárbaros vienen en perso-
na sobre nosotros.

Efectivamente; el flauta tenía razón que
le sobraba. Dos mozallones acudían furio-
sos sobre la diligencia ó la galera de la
música, con muy malas entrañas. Cogie-
ron una corneta y la deshicieron, cogieron
otra corneta y la machacaron. Y así iban
procediendo con los demás instrumentos.

—¡Cosa más rara!—replicó el trombón.
A los hombres cuando se les despacha de
alguna parte se les envía á hacer cornetas,
y estos bárbaros vienen á lo contrario:
á deshacerlas.

El final de la aventura consistió en que
al ver los músicos que no eran más que
dos sus agresores, se rehicieron, los aco-

(1) Véase *Exposición permanente*, en 4.ª
plana.

¡NO LO TOMAN!



EL FUSIL.—Vengo á que me cambien *esto*. No sé si es sevillano; pero lo que es duro...
EL EMPLEADO.—Imposible cambiarlo. Aquí no tomamos moneda falsa.

metieron y, con el auxilio de no sé quién,
los pescaron.

—¿Por qué tirábais?—les preguntaron
á semejantes cernicalos.

—¡Por amor al arte!—contestaron.—Ti-
rábamos á estos desdichados músicos por
lo mal que han tocado en la romería.

**

Aquí acaba la noticia, que yo he conta-
do á mi manera, fusileramente, á los lec-
tores. Y no dicen más los telegramas, ni
del desenlace ni de lo que contestaron los
músicos á aquellos borricos.

Mas tengo por seguro que les contesta-
rían, diciendo:

—No lleváis razón ninguna, pedazos de
bárbaros. Suponed que hayamos tocado
mal, ¿y qué? Eso querrá decir que no en-
tendemos de música ó que no cumplimos
con nuestro deber. ¿Pero es que en España
por no cumplir con su deber apedrean á
nadie?

Si así contestaron los músicos, lo hicie-
ron al pelo, sin réplica posible.

Yo les doy el logro por completo.

¡Ah, músicos! ¡Queridos músicos! Tenéis
mi aprobación y mi defensa más com-
pleta.

Esa regla de apedrear al que lo hace
mal no rige en España. Es letra completa-
mente muerta.

Y si no vamos á ver: Al que publica un
tomo de versos malos, ¿lo apedrean?

Al que toca mal las castañuelas, ¿le ati-
zan algún guijarrazo?

Y hasta en las cosas útiles ocurre lo
mismo.

—Después de todo—podrá decir algún
chusco—, ni la música ni los versos son ar-
tículos de primera necesidad para la vida.
Son diversiones y en ellas debe de haber
libertad para que cada cual haga lo que
le diere la gana. En este mundo cada uno
se divierte como puede.

Pues si hay libertad de divertirse, ¿á
qué santo vienen las pedradas al que se
divierte mal? Es como si apedreásemos al

